AÑO XXXIII — Nº 1635

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

MONTEVIDEO, MAYO 17 DE 1964



Don José Batlle y Ordoñez

Se cumple el próximo día 21, ciento ocho años del nacimiento del ilustre estadista que dio al Uruguay lo mejor de su genio para que la República creciera en consideración y respeto internacional, y para que sus ciudadanos viviesen en medio de las conquistas sociales modernas que sólo ofrece la democracia. Y desde el pasado su ejemplo nos repite que, sólo en el trabajo y la superación moral, es posible la verdadera libertad.

(Fotografía Juan Caruso)



En una ceremonia pública, sobresale la alta figura de don Pepe, con su estampa de gran señor.

llameante puesta en el camino de los hombres para orientarlos, como una antorcha que dispersara las tinieblas y los miedos de la andanza. Nada hubo en él de "dilettante", nada más opuesto al aventurero. Fue, más bien, como una enorme proa hendiendo mares embravecidos, guiada la nave por la mano segura de un capitán que no equivoca la ruta.

Y para evocarlo en este nuevo aniversario de su nacimiento, de un modo más íntimo, fuimos en busca de una relevante figura científica, de fama internacional, el Dr. Luis A. Surraco, que fue durante veinte años médico y amigo del prohombre uruguayo, para preguntarle cómo fueron aquellos años de amistad, y, principalmente, cómo fue aquel ilustre paciente. En su imbatible juventud, el Dr. Surraco ha atendido con espontánea cordialidad nuestro pedido, y ha hecho más que contestar: ha querido escribir él mismo sus impresiones en torno de aquel estadista irremplazable. El Dr. Surraco gozó del privilegio de la estima, que sus valimientos merecían a los ojos de Batlle, y estuvo junto a él en los días finales del Sanatorio Italiano.

No hemos encontrado homenaje más oportuno a la memoria esclarecida de don Pepe, que unir a esta conmemoración, el nombre unánimemente respetado del Doctor Surraco.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

*

LAS generaciones del porvenir en el Continente de América, encontrarán en la evocación del pasado, destacándose como Profeta de la Democracia, el recuerdo de Batlle; y en la consideración de los problemas económico-político-sociales que deberán afrontar, el conocimiento de su imponente personalidad dará orientación al verdadero derrotero.

BATLLE

El tiempo que pasa proyecta sobre la vida y la obra de José Batlle y Ordoñez, la permanencia de una luz que da relieve a su ideario formidable, del cual emanaron las grandes conquistas que dieron al Uruguay prestigio político y nombradía de democracia ejemplar a partir de las primeras décadas de este siglo.

De esas conquistas nos vino el respeto internacional, la sólida estructura interna de las instituciones, el cuadro de una vida cívica organizada para el progreso y las conquistas sociales que en otras latitudes sólo se han obtenido con revoluciones y derramamiento de sangre. Batlle brindó al pueblo, en la paz, todas las oportunidades que éste, en otras partes, ha reclamado con luchas y violencias. La gran novedad de su estilo consiste, precisamente, en su obra gradual y pacífica, en el impulso avasallante con que llevó a término una de las más rotundas y positivas renovaciones en la vida pública de una pequeña nación suramericana.

Y comparando realidades, le somos cada vez más deudores de la dignidad y el respeto con que engrandeció a nuestro país. Sabemos bien —y aún sus adversarios lo saben— que de su pujante tarea reformadora surgió cuanto de bueno tiene nuestra legislación actual, esa tarea titánica de la que brotó el resplandor que hizo al Uruguay moralmente más grande que sus fronteras.

Dio libertades y respetó la libertad. Dio derechos y respetó el derecho ajeno. Tuvo no sólo soluciones prácticas para los problemas inmediatos, sino que vio a distancia los problemas futuros, y, templado en la lucha, fue luchador hasta en la noble vejez, esa "ancianía bien gastada" que dirían los clásicos. Gesto de sembrador fue el suyo, como en una parábola aleccionadora, que dejó el surco abierto y la simiente echada para que con espigas futuras, amasaran su pan los hijos de otras generaciones.

Los treinta y cinco años que nos separan de su muerte, lejos de amenguar su personalidad, la exaltan más recia y batalladora en el incierto panorama político de hoy, convocando a la reunión de fuerzas dispersas y a la conciencia y responsabilidad de cada hombre para que la República pueda salir de la desorientación en que actualmente se mueve.

Batlle fue todo pasión, pero una pasión controlada por el análisis, vigilada por el razonamiento; una pasión

Le conocí en la solemne intimidad, como figura central de un claustro familiar, donde oficiaba como Rectora social una nobilísima y atrayente figura de delicado perfil y expresión espiritual; y en el amable consorcio de aquellos seres que el tiempo había amalgamado en delicada armonía, la voz, yo diría musical, de la gran Señora decoraba el ambiente con simpática atracción.

Batlle era el enfermo: su presentación social era jerárquica, y como sucede en la oportunidad, si es cierto que hay que saber interrogar sobre los males, es más cierto, con el conocido aforismo, que hay que saber escuchar más bien que hablar, con la exigencia que la palabra deberá ser medida y bien filtrada por temor a las percusiones antojadizas y a veces malevolentes de insospechables tentáculos.

Pero hay más. Un médico puede ser un augur, con el privilegio, en largas actuaciones, de poder penetrar sorpresivamente en la introspección del enfermo y, descu-



Desde el balcón embanderado, Batlle, Brum, Barrandeguy, Arena ,en la balaustrada de la izquierda, contemplan la llegada de los Campeones Olímpicos.

En los días del Consejo Nal. de Administración, saliendo del Cabildo.



Batlle presidiendo la cabecera, en el banquete en honor del Arq. Moretti. De izq. a der.: Andreoni, Eugenio Baroffio, Brum, Moretti, Don Pepe, Foglia, don Juan Fabini.

briendo al hombre en su intimidad, llegar muchas veces por solicitud especial o sin pensarlo a ser confidente ocasional; y en este sentido pocas veces me he encontrado frente a un hombre más digno de sí mismo y más respetuoso de la moral ajena.

Tenía sus prejuicios médicos, naturales en enfermo intelectual de amplísimo espectro político-social, donde la audacia de declamadores ocasionales puede transmitir al enfermo opiniones de todos y de nadie que en el tiempo podrán integrarse en sus afirmaciones; pero en la oportunidad, desde el primer momento, lo vi vivir las realidades, lo que fue consideración respetuosa a la opinión médica actuante.

Conocí su intimidad moral; pocos hombres he encontrado en mi largo peregrinaje por el mundo profesional, que se impusieran desde el primer momento a la consideración respetuosa y yo diría a la admiración del médico, llegando a su presencia en la solemnidad señalada y saliendo reconfortado de haber penetrado en su intimidad espiritual y moral, rica en valores integrales: ¡Era magnífico!

Hombre austero, político intachable, tuvo como facetas dominantes de su personalidad, el concepto de la vida nacional, anteponiendo el interés público a las exigencias de partido o de clase y al realizar el apotegma de los grandes políticos de la Historia: *que los pueblos necesitan ante todo no personajes políticos sino conductores abnegados con visión y respeto de los bienes comunes,* prestigió el civismo, la dignidad ciudadana, la escuela y la cultura y al sentir hondamente la conciencia de la nacionalidad, integró su personalidad de iniciador y realizador en la evolución político-social de la nación.

Contemplaba las actuaciones de los hombres desde la altura de sus valores integrales; era parco en la crítica y su juicio, que era tardío en obtener, como resultancia de severo proceso interpretativo cuando se refería al adversario político, era noble y generoso, nunca deprimente; siempre sereno, traduciéndose en la *elegante, noble, y severa afirmación: "es un equivocado".*

Sintió la nacionalidad inspirando épocas de dignidad ciudadana; fue ante todo gran patriota, que buscó la superioridad del hombre para actuar en la cosa pública y dado que el marbete democrático puede encubrir mercadería diferente, pude en la intimidad moral sorprender su desaliento frente a los simuladores de la verdad nacional o demagogos de la cosa pública. El Hombre sobrepasó al Político.

Dio la lección moral de su vida, viviendo la Historia de la Nación, realizando el mensaje de caballerosidad como paladín de la democracia.

Poderoso de sí mismo, lleno de riquezas espirituales, es seguro que nadie pasó por el escenario nacional con mayor bagaje político y más decidida acción sobre la ciudadanía.

Tuvo la plenitud doctrinaria de los grandes patriotas, de los severos conductores, y su nombre que la posteridad recuerda en el momento actual de la Nación, no podrá ser olvidado:

Es su mayor elogio.

(Especial para EL DIA)

Dr. Luis A. SURRACO



Inauguración del puente de Santa Lucía: Don Pepe y Misia Matilde conversan con algunos concurrentes a la ceremonia.



El eminente Dr. Luis A. Surraco, en la actualidad.

LOS MELLIZOS FRAGOSO

TENEMOS documentada la vida de dos hermanos que poblaron la tierra el mismo día, a la misma hora, y casi al mismo minuto. Nacieron en el Abra de Montiel, de padres humildes, en un rancho largo. En la Alcaldía respectiva fueron anotados como Pascual y Prudencio.

Habían cumplido cinco años Pascual y Prudencio cuando se dio la primer peripecia seria. En la cocina estaba la madre maniobrando trastos en tanto el padre tomaba mate. Este necesitó algo y llamó a uno de los mellizos, que retozaban fuera.

—¡Prudencio!

Entraron los dos.



—He llamao a Prudencio, na más.

Los niños se miraron. El hombre comenzó a rascarse la cabeza. Dijo:

—A ver, Martiniana: ¿cuál de estos es Prudencio? Con la sombra de la cocina se me han perdido algo...

La mujer se acercó.

—Vea, Casildo: ya va pa más de una vez que se me han hecho un enriedo. ¿A ver? ¿Cuál de ustedes es Prudencio?

Los niños siguieron callados.

—¿Cuál de ustedes es Prudencio, canejo? —gritó el padre con un asomo de ira en el acento.

—Y... —la respuesta fue entre los dos— los dos. Y también semos Pascuales. ¿Cuántas veces, usté, tata, y usté, mama, nos han llamao con los dos nombres?

Aquí fue el caer en honda cavilación el matrimonio. Al fin el hombre habló un poco titubeante:

—Y debe ser asina mesmo... Son tan iguales como las ruedas de un dos de oros. A ver, patrona, ¿usté les conoce alguna diferiencia?

Ella meditó un instante. Luego habló:

—De los dos uno tiene una verruguita cuasi pegada al umbligo. ¿Cuando los apuntó el Alcalde usté no se fijó en ella?

—¡Yo qué me iba andar fijando en verruga más o menos! Y aura, si pa nombrarlos vamos a tener que ponerlos de umbligo al aire de por vez, más vale que anden a lo indio. ¡Y en los inviernos los quiero ver, canejo!

—Ta bien, ta bien... Pero tampoco les vamos a colgar a cada uno un cencerro del cogote, de campana diferente pa diferenciarlos, que van a parecer más yeguas madrinas que racionales. ¡Usté como padre tiene que buscarle la güelta a este ñudo!

Y ahí mismo fue el primer incidente en aquel hogar. Y hubieron cien más que enturbiaron hasta el agua del barril. Pero vamos a decir quizá el penúltimo, porque los mellizos aún colean.

Determinado día llegó a la sección policial de Abra de Montiel el capitán Lino Cabrera, de comisario, viviente maduro, de tendida melena tordilla y pera enchuzada. Hombre de férrea disciplina y gran pundonor. Dos meses después de su llegada, los mellizos —que ya eran mozos— revolvieron el camoatí policial. Sus padres habían muerto y ellos, dueños del rancho y algunas cuadras, se habían dado a una existencia disipada y jaranera. La cuestión es que un vecino, el estanciero Benedito Arruda, llegó cierta mañana a la policía y le comunicó al capitán Lino:

—Vea, señor comisario: anoche me arrasaron el gallinero. Marcharon hasta con un gallo garnicé que pa lo que servía era na más que pa cantar y compadriar. En el candombe que armaron los volátiles salieron ajuera el capataz Míguez y el pión Trifón Nieto; y como la noche era de luna llena vieron clarito que eran dos los del abijeo, y que uno era el mellizo Fragoso...

El comisario montó a caballo y con el sargento Calderón a retaguardia marchó al rancho del finado Fragoso. Llamó. Apareció uno de los mellizos.

—¿Tas solo?

—Sí, señor. Desde antiyer mi hermano ta montiando, cortando unos piques pa la estancia de Echenique.

—¿Ande pasaste la noche vos?

—¿Qué noche?

—Anoche.

—Hasta la madrugada larga tuve en la pulpería del mellao Gabito...

Allá fue el capitán Cabrera. Comprobó lo dicho. Ese mellizo no pudo ser el del robo. Enderezó al monte, en el rumbo que le marcara éste. De lejos sintió el golpe del hacha. Allí, con otro, estaba el mellizo abatiendo árboles. Del interrogatorio no pudo sacar nada. Entonces el comisario convocó al capataz de Arruda y al peón Nieto; y también a los mellizos al local policial. Enfrentó a los cuatro.

—A ver capataz, y vos Trifón, ahí tienen a los mellizos. ¿Cuál de ellos jué el del levante?

Casi un cuarto de hora estuvieron aquellos mirando a éstos. El capitán se paseaba como tigre en jaula. En una de esas se plantó frente a los interrogados.

—¿Y...? ¿Pa cuándo dan la sentencia? Díganme el día y la hora porque tengo que amarguear, comer, hacer un parte, dormir, levantarme, volver a amarguear...

El capataz tosió. Y dijo luego:

—Vea, capitán: mañana se le pierde una alpargata; ¿usté pué decir si jué la derecha o la izquierda?

—¡Nada tienen que ver mis alpargatas con lo que he preguntao!

—Es que estos mellizos se han pasao de mellizos. ¿Cómo viá señalar al que vide juyendo con una bolsa al hombro?

—¿Pero jué uno de éstos?

—Eso sí; jué uno de éstos.

—Y vos, Trifón, ¿qué decís?

—Qué jué uno de éstos.

—Ta bien pueden dirse.

Y solo con los mellizos les expresó:

—No puedo hacer balar en el cepo a los dos porque uno solo jue el del delito; ni a uno solo porque a lo mejor cruje el que no jué. Pero de aquí en delante y mientras yo sea comisario acá, uno de ustedes va andar de bombacha y poncho negro y el otro de bombacha y poncho blanco. Ande no cumplan esta orden los estaqueo. ¡Y vayansé inmediatamente antes que me arrepienta y les encaje una soba de arriador, pareja, pa hacerlos más mellizos de lo que son!

Hasta que llegó la penúltima.

El hacendado Santín Roldán, en el cumpleaños de su hija hizo un gran festejo en su casa. A pesar de que llovía hacía dos días el vecindario concurrió en pleno. En la sala del baile, sobre un rincón, estaba el capitán Lino luciendo su chaqueta abotonada hasta el cogote y su sonora espada. Serían las tres de la mañana cuando entró a la sala, como Juan por su casa, uno de los mellizos: el del poncho y botas negras. Entró, levantó una cuarentona de su asiento, y se sumó a la rueda de la polca. Se armó un revuelo... En suma: la cosa terminó en bochinche. Gritos, empujones, ataques. El mellizo salió a los saltos no sin antes tirar un mandoble de facón que, al esquivarlo otro, pegó de plano en la cabeza de una vieja que dio con cuerpo y alma en tierra. Traspuso la puerta el hombre y saltó en su caballo, que en el palenque había dejado. Y se hizo humo en tanto el capitán dando, unos alaridos desaforados ordenó al sargento Calderón echara los caballos y los ensillara; y con él partió en pos del mellizo. Este, que salió encandilado con el licor que cargaba, pasó como flecha por su rancho en dirección al Paso Ancho del Arroyo de los Bagres. Pero antes de llegar a él se encontró con uno, que resultó ser su hermano, quien volvía del pueblo, y por una picada había cruzado.

—¿Ande vas?

—Juyendo del capitán, hice una encorpada, de fiera...

Y ahí mismo le cayó la inspiración. Dijo:

—Mirá, vos te quedás aquí, contra la orilla, como esperando que el paso baje. Yo cruzo al otro lao por la picada y me planto enfrente, también como esperando que el arroyo baje. En cuanto llegue el capitán le decís que saliste pal pueblo, a buscarme; y yo les grito del otro lao que llegué del pueblo...

—¿Y por qué tuito este enriedo?

—Porque yo metí el batuque de poncho negro...

Efectivamente el paso estaba crecido. No se podía cruzar, a no ser en bote. Por la picada sí —que era conocida sólo por ellos y por el contrabandista Meirelles— pues estaba poco más que a volapié.

Ya era claro, y por cierto con magnífico tiempo, cuando apareció el capitán, el sargento y tres o cuatro voluntarios entre los que estaba el hijo de la vieja desmayada, imponente por los ajos que iba desparramando. Cuando Cabrera vio al mellizo, sentado sobre un tronco, maneado el caballo, lo atropelló.

—¡Aura vas a pagar tuitas, foragido!

El mellizo, impávido, púsose de pie.

—¿Qué le pasa, capitán?

Cabrera ya iba desnudando el sable... cuando quedó atónito: el poncho y las bombachas del mellizo eran blancos.

—¿Diande has salido?

—De casa. Iba pal pueblo a buscar a mi hermano que va tres días pa allá salió

—Conque en el pueblo...

—¿No lo ve del otro lao? Ta esperando que el paso baje...

El capitán llevó los ojos por sobre la corriente. Y cuando vio al otro Fragoso, y lo vio de poncho y botas negras, sintió que la garganta se le anudaba. Imposible que fuera el del baile. Entonces en su cerebro, que era el de un hombre rígido, que se tenía por zahorí de pícaros, comenzó a configurarse una tempestad. El, en el baile, había observado con la más exacta observación el poncho negro y la bombacha negra del mellizo Fragoso; y ahora lo tenía allí, del otro lado del Arroyo de los Bagres, pasando un papel de lija a tal observación, dando en el barro con su autoridad y con su fama.

Dos días después ante el Jefe Político presentó renuncia. Uno de los párrafos de su nota decía: "O no se almiten mellizos en el territorio o si se almiten que se reyune a uno de ellos. Con una oreja de menos la polecía no se verá metida en un berenjenal, llegao el caso".

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)



Jaime Yavitz (Sir Tobías Belch).

Rafael Salzano (Fabián).



Estela Medina (Viola).

EL AÑO DE WILLIAM SHAKESPEARE

EL público teatral montevideano comenzó ya a disfrutar los espectáculos que en recordación del Cuarto Centenario del Nacimiento de William Shakespeare, tendrán lugar en nuestros escenarios, en el correr del año 1964.

Rompió el fuego nada menos que la Shakespeare Festival Company, enviada por el Gobierno de la Gran Bretaña, y que presentó en el Solís, sendas versiones de "Sueño de una noche de verano" y "El mercader de Venecia".

De ambos espectáculos, se recuerda por sobre la homogeneidad con que fueron ofrecidos, el deslumbrante impacto que lograron en la segunda pieza, la excepcional actriz Bárbara Jefford (Portia) y el eminente actor sir Ralph Richardson (Shylock). Todo un torneo de la interpretación shakespereana, ciertamente.

La actuación de estos comediantes ingleses, fue un dignísimo comienzo para la serie de homenajes que se efectuarán en Montevideo, y para los cuales, se cuenta con el aporte de los más valiosos elencos nacionales.

Entre los grupos uruguayos, le tocó a la Comedia Nacional ofrecer la primera de las obras del rico repertorio shakespereano, que se anuncia para la actual temporada.

El teatro oficial del Uruguay se anota actualmente, un suceso de campanillas brindando una primorosa versión de "Noche de Reyes", cuya dirección le fue encomendada a Eduardo Schinca, uno de los más jóvenes y brillantes directores, que ya cuenta en su haber con grandes triunfos (también dentro del cuadro oficial) como han sido "El Cardenal de España" de Montherlant y "Las Sabihondas" de Moliere.

Desde la velada de su estreno, "Noche de Reyes" se convirtió en uno de los espectáculos teatrales más aclamados por el público y la crítica local.

Sus diarias representaciones en el Solís, se llevan a cabo bajo la atenta y militante atención de un público que se deja seducir sin oposición por la magia escénica de Shakespeare y por el brillo de una puesta en escena, que está a la altura del mejor teatro (nacional y extranjero) que se vio últimamente por estas latitudes.

La comprobación de este suceso popular, logrado con la base de un texto clásico, es algo tan estimulante como auspicioso.

Permite calibrar en sus propias fuentes (es decir, en el escenario) la vigencia y la perfección con que William Shakespeare concibió y desarrolló las obras maestras que se incluyen en su vasto repertorio dramático, uno de los legados espirituales más enjundiosos de que pueda vanagloriarse la humanidad.

Siempre se podrá ver en Shakespeare, la visión del pasado y la visión del futuro, la tradición y la esperanza, la historia y la aventura.

En su arte exquisito y refinado, están por igual todas las pasiones y sentimientos, los amores, el odio, los prejuicios, las supersticiones, en dos palabras: toda el alma y todo el corazón del hombre.

El juego limpio o turbio, la vida y la muerte, el arrojo, todos los mares y universos, la estrella Polar y los viajes de Raleigh por la Guayana. Nada escapa a su pupila de testigo penetrante.

De 1500 en adelante, el mapa del mundo conocido empieza a variar en forma casi escandalizadora. Cada vez surgen nuevos mares, océanos y continentes. En el siglo de Lutero, en el mismo año de la muerte de Calvino, nace William Shakespeare. El descubrimiento de América, impulsado por España y sus reyes de oro, hace que la historia comience a escribirse de nuevo. De la geometría plana se pasa súbitamente a la geometría del espacio.

No menos grandiosos son ciertamente los nuevos mundos, que en idéntico siglo, Shakespeare ha de ir descubriendo en una época esmaltada por las exploraciones de maravilla, donde los personajes fabulosos están ubicados en la misma vida y asumen los nombres de Colón y Vespucci, Cortés y Pizarro, Drake y Hawkins.

También Shakespeare ilumina la escena y la imaginación del hombre de su tiempo, con el destello jubiloso de la aventura. Como los descubridores corren el velo de América a la luz bailoteante de sus ensoberbecidas fogatas, el poeta se da maravillado y maravillosamente, a la invención frenética de otros mundos, convierte sus visiones en sueños dramáticos y en personajes que todavía hoy, preservan milagrosamente una perenne juventud pintada de acero, carmín, oro y esmeralda.

Poético y musical, turbio o pavoroso, gigante en la grandiosidad, poderoso entre los poderosos, dentro y misterioso, voluptuoso y heroico en sus fabulosas tragedias, alegre y diáfano como un caramillo pastoril en sus encantadoras comedias, cada obra suya posee una imantada característica en su órbita propia, proclama su soberanía igual que un reino.

De todas las comedias que escribió Shakespeare, ninguna alcanza el grado de perfección, con que el bardo se ubica en el nivel del paradigma escénico, con su regocijante "Noche de Reyes".

El acierto que la Comedia Nacional obtiene con esta obra en pleno comienzo de temporada, domina de una manera tan aguda la cartelera teatral que casi hace difícil recordar que hubo ya otros estrenos. Algunos de ellos de valor tan excepcional, como fue la presentación de "La Parisienne" de Henri Becque por la Cía. Avila-Martínez Mieres en el Picadero del Teatro Circular de Montevideo. Tal vez la resonancia más espectacular de esta "Noche de Reyes" dirigida por Eduardo Schinca, sea las posibilidades que ofrece para calibrar al elenco oficial en una nueva técnica de actuación y hasta del enfoque en la manera de abordar a un clásico.

Algunas brillantísimas caracterizaciones, algunas escenas de restallante eficacia humorística (toda la escena de la lectura de la carta de Malvolio, por ejemplo), no pesan en el resultado. Por encima de los méritos de tal o cual actriz, magnificencia de montaje, esplendor del vestuario (diseñador: Domingo Cavallero) o funcionalidad de la escenografía (una excelente planta abstracta de José Echave, algo empobrecida y desprolija de color, pero notablemente adaptada al juego espacial de la comedia, a la que sirve respetuosamente sin pasar en ninguna instancia a un primer plano dominante sobre el espíritu del autor) lo que se debe admirar en su justo término, es la composición general de todo el armonioso espectáculo. Esa misma elocuencia, con que la dirección ha sabido desarrollar el doble matiz de actividades que se cumple simultáneamente en el escenario (por un lado la intriga sentimental y novelesca que protagonizan Sebastián, Viola, Orsino y Olivia; por el otro el desarrollo satírico que se origina con la rivalidad entre el intendente Malvolio, puritano, austero y soberbio; el borrachín pendenciero y espadachín sir Toby Belch, sir Andrew Aguecheek, gentilhombre vanidoso y litigante (al que el actor Horacio Preve da un funambulesco carácter), el bufón Feste, y María, la ingeniosa dama de compañía) y sobre el rendimiento notable de todo el elenco, con puntos muy altos en el haber de Jorge Triador, Estela Medina, Horacio Preve, Estela Castro, Wagner Mautone y Jaime Yavitz.

Pocas veces se ha visto en Montevideo un espectáculo clásico tan jocundo y moderno, tan irresistiblemente teatral, de tan segura y fina captación, tan impecablemente armado sobre cada rincón del escenario, como esta luminosa noche de epifanía, con la que la Comedia Nacional del Uruguay se adhiere con honor y en forma muy firme, a los homenajes que el mundo emocionado, rinde en estos momentos a uno de sus más enaltecedores poetas y dramaturgos: William Shakespeare.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA)

Apuntes teatrales de: *Eduardo Vernazza*



Estela Castro (Olivia).



El actor inglés sir Ralph Richardson como "Shylock" en "El mercader de Venecia".

Jorge Triador (Malvolio).

TUTANKAMON

BUENA parte de la década de los años 20 se nutrió con el deslumbramiento mundial ante el arte faraónico y por el nombre de un rey cuya tumba llegó a descubrirse en 1922: Tutankamon.

En la augusta y muy nutrida lista de los viejos monarcas del Egipto precristiano, ese faraón no debía haberse destacado hasta superar en prestigio y ser más conocido por todos que otros más importantes, como Zoser, Amenenhet, Tumosis I, Amenofis III, Ecnaton, Seti I, Ramses II o la Reina Hatsheptut, para citar unos pocos de los indiscutiblemente grandes dentro de una etapa histórica realmente densa. Sin duda, su acción política no pudo ser suficientemente amplia, si recordamos que murió a los 18 años de edad y que, por más temprano que haya sucedido a Ecnaton y por mayores que hubieran sido sus planes, su acción y su programa debieron verse, obviamente, limitados. No hay, por otra parte, en su historia conocida, más que un hecho de tremenda relevancia y este debió responder menos a iniciativa personal que advenir como resultado de la presión del sacerdocio. Amenofis IV, el rey hereje, que cambiara el sitio de la capital egipcia y mudara su nombre por el de Ecnaton, había llevado a cabo una sustancial reforma religiosa, con tremendos alcances políticos; aseguró de esa manera el poder real, disminuyendo el muy creciente del clero de Amon, dios tebano y centro de la teogonía imperial. Los sacerdotes desplazados activaron su revancha a la muerte del reformador, contando con la poca popularidad de aquella revolución, una revolución desde arriba que no echó raíces en las masas. El hecho se impuso con Tutankamón, su heredero político y, con toda seguridad, descendiente directo del monarca cuyo nombre se borró de las tablas reales para completar, con la persecución a su memoria, la venganza que se entendió merecía. En ese panorama inquieto, de presiones violentas, es admisible que el joven jerarca de Egipto tuviera, como adelantamos, poca iniciativa; que fuera conducido y por ahí lograra el favor del clero que se preocupó de honrar su memoria.

La tumba que alojó su cuerpo embalsamado hubo de ser utilizada a esos fines antes de haber sido concluída y, aparte de su pequeñez relativa, carece de imponencia o de riqueza ornamental. Está excavada en la roca, como todas las que se ubican en el llamado valle de los Reyes y se compone de un estrecho corredor, precedido por escaleras, una antecámara de 8 metros por 3.60, el recinto del sarcófago, de mts. 5.00 por 3.30 y otras dos pequeñas cámaras. Muy cerca de ella, en aquel lugar, se hallan otras de distintos reyes de su dinastía y de las siguientes, —algunos, tampoco demasiado relevantes— en las que se suceden recintos, pasajes y escalinatas y la ornamentación y el acabado del diseño arquitectónico son espléndidos, en la medida de preocupación y derroche que corresponde a la jerarquía de los muertos. Ello hace que aparezca, entonces, sumamente disminuída en la comparación, la tumba citada.

¿Qué es lo que llevó, pues, a que su descubrimiento resultara de importancia tan grande? No olvidemos que, en su momento, las noticias se sucedieron con destaque y advirtamos otra vez que, en razón de ello, hasta el día de hoy, cualquiera sabe el nombre de Tutankamòn, aunque ignore todo acerca de la historia egipcia. Recuerdo, además, que en la etapa de los años 20 se impuso la moda Tutankamón y que las señoras seleccionaban gustosamente, estampados con jeroglíficos para las telas de sus vestidos. Sin duda, nada tuvo que ver, para todo ello, la herejía de su presunto padre. Tuvieron que ver, en cambio, la fabulosa riqueza del tesoro allí encontrado y la leyenda que inmediatamente se asoció al hecho.

Los objetos —en su mayor parte, preciosos— que se hallaron ocupan, ahora, casi todo el ala derecha del piso alto del Museo de El Cairo, que es espacio muy amplio; y aunque no están desplegados en una exhibición holgada, tampoco aparecen apretadamente dispuestos. Sin duda, todas las tumbas de los señores egipcios, y muy particularmente las de los reyes, contuvieron tesoros de gran magnitud. Y si éste, que corresponde a un faraón de escaso relieve, es de la índole indicada, ¿cómo debieron haber sido los de Ramsés II, Seti I o Amenofis III? Aparte de la potencia demostrada, de la larga vida capaz de prepararse bien el recinto final, éste tiene, en esos casos, capacidad tremenda. Pero tales tesoros no se encontraron íntegros. En ningún caso, hasta este de Tutankamón, se había dado la posibilidad de hallazgo tan extraordinario. Por más que, en mérito a los ritos, las precauciones adoptadas para preservar la morada de un muerto egipcio ilustre, fueron extraordinarias —casi inconcebibles para nosotros— todas las tumbas se violaron alguna vez por lo menos y cuando el afán arqueológico llevó a cabo búsquedas preocupadas y orientadas seriamente, los descubrimientos de enterratorios de ubicación difícil y olvidada llevó al encuentro de recintos total o parcialmente saqueados por ladrones antiguos. Estos, sin procedimientos ni útiles similares a los que hoy se utilizan, pero acuciados por la fortuna que acertadamente suponían posible hallar, superaron todos los obstáculos que la técnica más avisada impuso en la construcción de pirámides, mastabas o hipogeos para preservar el ajuar mortuorio; pasaron por alto incluso, los maleficios que, en una defensa más allá de lo racional, constaba que existían y operaban contra los saqueadores.

Los guías actuales de aquellos lugares no dudaban en afirmar que todo ese pillaje fue realizado por los romanos; los romanos cargan, allí y en todas partes de la cuenca mediterránea, con la culpa de cualquier desaguisado y también —como contrapartida— se los viste con plumas que les son ajenas. Efectivamente es cierto —o puede admitirse, aunque no siempre se documente— que ellos intervinieron en la rapiña. Pero ésta se ha extendido más acá y más allá de su apogeo. Hasta hace muy poco, los ladrones se hacían presentes, al lado de los arqueólogos y de los turistas, en el valle de los Reyes; pero también se sabe que muchas violaciones fueron llevadas a cabo en plena época faraónica. En aquellos tiempos, cuando tanto contaba el respeto a la ordenación político-religiosa imperante y se admitía con más amplitud que ahora, el efecto de la magia de preservación ligada fuertemente a los ritos, el afán de lucro, la fuerza de la codicia, pudo más que las creencias y el temor que conllevaban. Y esto debe considerarse aparte del desmantelamiento de tumbas o templos votivos que también se realizaron como actos políticos.

La misma morada final de Tutankamón había sido violentada. Cuando se inició la excavación, las primeras puertas que se traspusieron tenían los sellos removidos y pareció que iba a repetirse la historia de otros hallazgos anteriores. Después se supo lo acontecido. Casi inmediata-



Busto de Tutankamon en piedra.



Howard Carter, Lady Herbert Carnavon y Lord Carnavon, en la estación de Luxor. Esta fotografía, como las otras que ilustran el presente artículo, corresponden a una publicación firmada por Ev. Breccia, Director del Museo Arqueológico de Alejandría, fechada en marzo de 1923. y publicada en "Emporium" de ees año.

mente de cerrado y bien disimulado el acceso, los ladrones entraron y sacaron buena parte del ajuar. Fueron inmediatamente ubicados y reconquistado el tesoro; consta en las crónicas que el castigo resultó ejemplar. Debió serlo; pues una vez que se reintegró al sitio lo que había constituído el botín de la macabra rapiña, después que se sellaron nuevamente las puertas y la tierra cubrió el acceso reconstituyendo la situación del valle, se olvidó para siempre el sitio; y ni durante la edad faraónica ni después de transcurrido el tiempo, se volvió sobre él. De esa manera, aunque el almacenaje de las piezas fue bastante descuidado y aparecieron ahora como un batiburrillo de extrañas preciosidades, el total se mantuvo intacto; y fue el primero que, en esa espléndida integridad, llegó hasta nosotros.

Bien se justifica, pues, la fama lograda. A ella se le sumo la leyenda. De maldiciones y brujerías no sólo se abasteció la antigüedad; también el presente. Y gusta, en general, ligar el misterio al feroz milagro nilótico. Lord Carnavon, que había financiado y posibilitó el hallazgo que llevó a su culminación con un grupo de colaboradores, entre los que se encontraba Howard Carter y la hija de Carnavon, murió el mismo año en que el grupo de científicos y trabajadores llegó a la cámara donde se encontraba el fabuloso sarcófago dentro del que reposaba el joven faraón. La enfermedad se tachó de misteriosa; constituída, en la gacetilla, el primer efecto de la venganza prevista por los sabios sacerdotes para asegurar la tranquilidad del muerto. El rito quería que esta fuese permanente. Las precauciones mágicas obrarían, entonces, a partir del momento en que no se había respetado lo establecido y faltaba la mano ejecutiva que castigara según la ley. Se admitió, por tanto, que todos los intrusos debían morir de muerte violenta. Y, cada tanto —para mantener latente esa creencia— la prensa informó de los fallecimientos sucesivos y extraños de tan audaces violadores; tan extraños como para vociferar el fallecimiento de Carter, cuando todavía estaba vivo y pudo hacer, personalmente, el desmentido. También a mi me gusta creer que ese maleficio obró con eficacia y que cada muerte respondía a la causa fijada siglos atrás; porque me seduce el embrujo y porque admito que bazaña como aquélla merece los riesgos mayores; tengo que reconocer, de todos modos, que en la ocasión obró con mayor eficacia el afán gratuito de la noticia y que hay infinita cantidad de razones para creer que se fantaseó en grande. El misterio y su excepcionalidad provocaban la actitud; y se inventó. Sirvió, de todos modos, para mantener latente la noticia de este descubrimiento sensacional y el halo de prestigio popular que el faraón conquistara desde que los periódicos de todo el mundo ventilaran la nueva del hallazgo.

Para el mundo contemporáneo —para una conciencia arqueológica de nuestro tiempo— los trabajos de la liberación del secreto de la tumba de Tutankamón han de conocerse y apreciarse como ejemplo magnífico de lo que debe ser una medida, seria y bien organizada excavación científica. Todo fue previsto, organizado y controlado severamente; intervinieron en la ocasión especialistas importantes en las distintas ramas que interesaban y un fotógrafo excepcional que fue documentando gráficamente las etapas y fijando con la cámara las instancias decisivas de los descubrimientos para los contralores necesarios. Así se pudo, entre otras cosas, indicar la época del año en que el entierro fue hecho basándose en el estudio de las flores de las coronas cuyos restos quedaban en sitio; así se pudieron fijar la edad del faraón y definir la relación de consanguinidad con el rey-hereje. También se precisaron formas y materiales perecibles para la justa restauración de los objetos. Y la historia fue creciendo junto con la obtención del tesoro. Frente a los despojos llevados a cabo en el valle y aún frente a otros trabajos arqueológicos precedentes, éste se singulariza, pues, por la experiencia, la pericia, la paciencia no exenta de pasión que presidieron el hallazgo y por el cuidado —una compleja ciencia amorosa puesta en marcha— que permitió hacer de la labor famosa una hazaña digna.

Para situar con datos concretos la seria parsimonia del trabajo, recuérdese que el 4 de noviembre de 1922 Carter se tropieza, en su excavación, con la primera grada de piedra de la escalera que conducía al acceso del hipogeo y que recién el 11 de noviembre de 1926, el anatomista Dr. Derry hizo el primer corte en las primeras vendas de la momia.

La momia sigue en su sitio; es el único cuerpo real de aquel valle nutrido de muertos con solera que se mantiene donde fue colocado; a su alrededor, todo se vació; los objetos y el ajuar y las piezas más espléndidas del rito de enterramiento se trasladaron al Museo de El Cairo. El local aparece pobre y muy desnudo para quien se acerca a su interior empujado por la inquietud a que invitan la fama y la leyenda; pero éstas y la constancia de la presencia extrañísima de los restos casi carbonizados de Tutankamón obligan, de todos modos, a una solemnidad preñada de misterio.

F. GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



El Valle de los Reyes; en el centro, abajo, la zona de excavación de la tumba de Tutankamon.



Presumible retrato de la mujer de Tutankamon.

DEL AMOR DIONISIACO



Concierto en Ravello, sobre la costa Amalfitana.

"SE avisa a los señores pasajeros que, dentro de 8 minutos, a las 23, saldrá el expreso para Buenos Aires", pregonan los altoparlantes desde sus impersonales y hasta misteriosos rincones, con mucho de lo irremediable del clásico *Deus ex machina.* La emoción me trepa y comienza a anudarse a la garganta. Quienes amamos viajar, quizás sólo esperamos encontrarnos, de improviso, en una mesa de amigos, de nuevos amigos que uno ha ganado en pocos días vividos intensamente; y vivir intensamente en oposición al tiempo, quizás sea, también, la razón sutil de cada viaje.

Abrazos de despedida, apretones de manos donde uno al partir se parte y en algo queda. Yo que siempre soy el primero, esta vez soy el último en subir al ómnibus; mi asiento: el número 13, como trece letras tiene mi nombre y apellido y los títulos de todas mis novelas ("Alamos Talados", "La Vara de Fuego", "El Gran Cobarde", "Límite de Clase" y "La Viña Estéril"); coincidencias no buscadas.

El *pullman* arranca y las imágenes de Necochea se atropellan y entrecruzan. Existe un instante en que el novelista debe acelerar a fondo el motor coordinador de sus ideas o, simplemente, dejarse sobrepasar por el turbión para demostrarse que, en verdad, lo que importa en toda obra de creación es la expresión del ser humano; salvo que uno prefiera descarnarse y servir racionalmente a la inteligencia, amanerada manera que tiene el escritor de ser un nuevo mecanismo de palabras.

"Siempre la lucha entre lo razonable y lo que no lo es". Fue la última frase de André Gide, recogida por su médico Jean Delay, y que tantas interpretaciones ha sufrido al pasar por las inteligencias analíticas y comprometidas de François Mauriac, Paul Claudel o Roger Martin du Gard; todos quisieron llevar agua al propio molino. Puedo hacer lo mismo y la tomo con la insolencia apasionada del discípulo a contrapelo. En este ómnibus que ha de correr en la noche yo la escojo para representar mi griega *agonía* entre la razón y la pasión, entre lo apolíneo y lo dionisíaco.

Cuando por primera vez estuve cerca de un "novísimo" avión a chorro que partía, no imaginé que esa tromba habría de repetírseme en una noche inesperada. Partimos suavemente, la tromba de aire de mi adolescencia me atrae hacia la ciudad que dejo a mis espaldas. La hermosa "anfitriona" (no me gusta la vieja y castellana palabra de azafata, cada tiempo debe tener su lenguaje y atreverse a recrearlo aunque para ello y en parte medie el esnobismo) comienza ofreciéndonos caramelos. En las esquinas de la ciudad, en los cruces de la pavimentación, el enorme coche se inclina de proa a popa y me desubica.

El mundo de un viajero está construido con desubicaciones por causa de la nostalgia. Vuelvo a la mesa de la encantadora "Hostería del Faro de Génova", que antaño fue la casa muy singular de Lorenzo Amaya, durante muchos años insustituible introductor de embajadores de la Argentina; en esa mesa están reunidos para la última comida la gente que más aprecio en Necochea; un menú de prisa, una "lista" que lucha contra el tiempo. Que más da; ya no sé lo que como en esa Hostería que a menudo me ha hecho recordar esos admirables restaurantes de Parma, de esa Parma donde hasta en la mesa se une la hermosura de Italia con la fineza de Francia. He vivido en esta hostería como si estuviera en mi casa, vale decir: rodeado de afecto, de presencias.

Extraños seres los viajeros que nos deslumbramos al encontrar inesperadamente esos "propios hogares" que siempre estamos dispuestos a abandonar. Amor de los seres y las ciudades, esa antigua "lógica del corazón" de Blaise Pascal, que H. Lotze ha transformado en los fundamentos de su ética y que él define así: "En el sentimiento de los valores de las cosas y de las relaciones entre ellos, posee nuestra razón una revelación tan seria como en los principios de la investigación intelectual tiene un instrumento indispensable para la experiencia". (*Mikrokosmos,* I, Cap. V). Amor por los nuevos seres y pueblos que, en el fondo, amamos de improviso por lo que tienen de parecidos a los que ya preferíamos.

Por uno de esos pasillos, semejantes a los de grandes y silenciosos aviones intercontinentales, que sólo me decido a tomar cuando tengo mucha prisa (por amor al mar y una porción de miedo al aire), la "anfitriona" nos ofrece whisky, café, coñac; es una forma, también, de estar menos solos por causa de unas palabras de ofertorio. El *pullman* se enfunda en la noche; brillan los faros de los autos en la larga cinta de cemento. Cuando era chicuelo se usaba decir: un cielo tachonado de estrellas. Me parece escuchar la voz de Schiller, que en un busto de bronce campeaba sobre el escritorio de mi padre:

> *"Cuanto el gran cielo ha poblado*
> *culto dé a la simpatía,*
> *que hasta las estrellas guía*
> *el trono del Ignorado."*
>
> (A la Alegría)

Simpatía, mi tan griega palabra. Ahora es Max Scheller quien me alcanza con su interpretación del sentido metafísico de los fenómenos de la simpatía y el amor. El, ha escrito: "El novelista y el artista dramático necesitan poseer en alto grado el don [...] *vivir lo mismo que otro,* pero no nece[...] tener, en lo más mínimo, simpatía por [...] personajes".

Pero no siempre logramos detenerno[...] ese "sentir lo mismo que otro", en esa [...] fera de la conducta *cognoscitiva;* con [...] nos de nuestros personajes, de nue[...] objetos pasamos de la simpatía al [...] como lógica y pascaliana evolución.

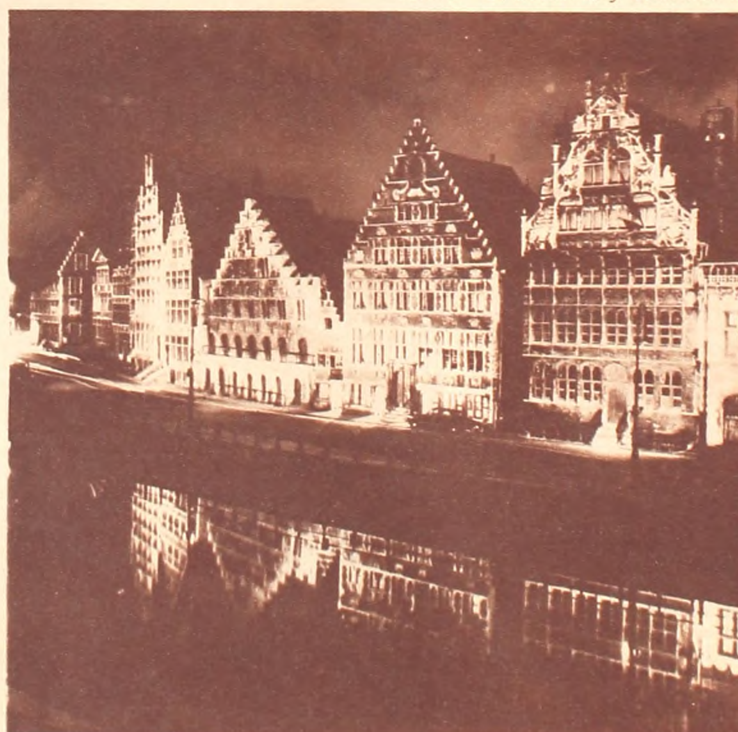
Los arbustos, los árboles, se deslizan [...] los cristales de mi ventanilla; dibujan e[...] noche, con el reflejo de los faros, las [...] genes que llevo dentro; pero ya el p[...] ha escrito: "hay ángeles ocultos detrás [...] los reflejos", y Oscar Hermes Villordo [...] sigue: "Hay ángeles ocultos en las ra[...] que tocas / (¡ángeles que acaricias al p[...] con la mano!)".

Comprendo que, aunque físicamente [...] aparente, no viajo solo. Amén de mi di[...] síaca manera de ver las cosas, de senti[...] más claramente dicho, viajo con todo [...] mundo que he construido pacientem[...] "Lo más importante no es adónde vas, [...] quién eres tú que vas", ha escrito L[...] Anneo Séneca, y agrega: "Es menester [...] con este convencimiento: *Yo no he na[...] para un rincón, mi patria es todo el mu[...]* Si vieses esto bien claro, no te extrañ[...] no encontrar consuelo en la diversidad [...] los países a los cuales emigras a men[...] fastidiado de aquellos donde vivías a[...] ya que aquellos primeros te habrían [...] tado si todos los hubieses tenido por tu[...] (*Cartas morales a Lucilio.* XXVIII). [...] mundo que crece y al que me adhiero [...] sionadamente, y tanto que en cada [...] europeo necesito recorrer los lugares [...] ya amo antes de entrar en alguno d[...] nocido. Es como estar seguro del tramp[...] que se elige, encontrar junto con el m[...] real una respuesta anticipada a la preg[...] de Sócrates: "¿Por qué te admiras de [...] los viajes no te aprovechan para nad[...] por todo vas contigo mismo? Va en po[...] ti la misma causa que te empujab[...] marcharte".

El silencio va aposentándose sobr[...] *pullman,* sólo queda encendida la luz [...] rrespondiente a mi asiento. Como [...] acompañarme, brotan las luces y los [...] ros luminosos de una fábrica perdida [...] noche de la pampa. Por la mañana, he [...] ocho barcos cargueros esperando turn[...] la rada de Necochea, y cuatro barcos [...] gos amarrados en el puerto. ¡Los b[...] griegos! Me hundo y ovillo en el as[...]



El legendario "Puente de Avignon", en Francia.



Los muelles de Gantes, en Bélgica.



Pompeya [...]

LOS VIAJES

como para atrapar el contorno tibio del recuerdo. He caminado por el jardín de Academo para imaginar el sonido de la voz de Platón. Ahora estoy detenido en los Propileos de la Acrópolis de Atenas; chirria bajo el taco de mi zapato una piedrecilla, porque estoy girando mi cuerpo, con un ritual que invento, para contemplar por primera vez el Paternon, para que en medio de la emoción prosiga esa larga e interminable interrogación con que Sócrates principió a descubrir el hombre. Tengo para mí que cuando el sol comenzó a ocultarse, pues Apolo no debía contemplar los ajusticiamientos, la última mirada de Sócrates, antes de beber la cicuta, debió ser para este templo. *La pregunta definitiva.*

Las luces rojas de un camión con su enorme acoplado surgen en el camino. Bastaría con una mínima desviación en el volante para que llegara "la pregunta definitiva". No puede ni debe llegar en esta noche. Me aferro feliz a mi maestro, a Michel de Montaigne, con el cual tengo, sin embargo, un gran desacuerdo: su admiración por los lacedemonios; sin esa expresión avinagrada que él atribuía a los pedantes, le escucho decir alegremente: "Si es que hay alguna persona, o alguna buena compañía, en el campo o en la ciudad, en Francia o en otra parte, que viva de asiento o que sea amiga de los viajes, para quien mis humores sean gratos y de quien los humores sean buenos para mí, no tiene más que silbar en la palma de la mano: yo iré personalmente a proveerla de *Ensayos* de carne y hueso". Por sangre materna habría de alcanzarle un guiño de *la picaresca* española.

Y al instante Montaigne me traslada a la *via* Flaminia, aquella que recorrió por primera vez en noviembre de 1580 para descubrir que en Roma "había menos mujeres feas que en Francia", cosa que ya es mucho decir en un francés.

Italia, capaz de cubrir con una piel hermosa cualquier grado de imaginación estética, me digo y tengo imperiosa necesidad de volverme hacia atrás, de mirar hacia el lejano resplandor de la ciudad que ha quedado a mis espaldas.

La hermosa gente. No hace mucho escribí sobre William Saroyan y su obra "La hermosa gente"; cuando en Necochea, en esa mansa y tendida playa sólo comparable a la de Ootsdunkerke, en Bélgica, de nuevo me surgió el título, me pareció que si algo perdía en sugestión poética ganaba mucho en realidad estética. Para convencerme de ello, pregunté a poetas e historiadores, novelistas y ensayistas de aquellos que Necochea había reunido para la Primera Fiesta de las Letras y para la invención de los Coloquios Informales en la playa, y todos estuvieron de acuerdo, a fuer de buenos viajeros, que en pocos lugares del mundo habían visto gente tan hermosa. Y es muy probable que esto suceda por la singular mezcla de sangres de sus habitantes: vascos, daneses, italianos, alemanes y españoles bien injertada en el tronco criollo y en una zona rica materialmente.

Este casi continuo viajar por el extranjero y por mi tierra, me va afirmando en la idea de que en nuestros países rioplatenses se está formando uno de los pueblos más hermosos del mundo, y si volvemos al socrático principio de que la ética y la estética eran una misma y armoniosa idea, veremos que en modo alguno se trata de una cualidad despreciable.

Apago mi luz individual y, salvo las difusas del tablero del conductor, el coche se sumerge en la oscuridad. El ronroneo del motor crece en la sombra, me proyecta con algo de ariete mágico hacia el futuro irremediablemente marcado por el *recuerdo*. En una suerte de embriaguez dionisíaca lo hago penetrar en las ciudades y campos cuyas gentes amo como vivaz e insustituible complemento de su arquitectura, historia y leyendas. Comprendo, entonces, mejor dicho, descubro por fin el significado profundo de esta frase de Max Scheller que desde el primer instante me atrajo instintivamente: "A quien no haya conocido nunca —es indiferente cómo— la embriaguez dionisíaca de la unificación afectiva entre ser humano y ser humano, le estará vedado para siempre el lado dinámico de la naturaleza".

Abelardo ARIAS

(Especial para EL DIA)

El "Perseo" de Benvenuto Cellini, en Florencia.



...plo de Apolo.

EN EL CINCUENTENARIO DE LA SOCIEDAD DE ARQUITECTOS



Insignia de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay. Para su diseño, se promovió un concurso del que resultó ganador el Arq. Cándido Lerena Juanicó.

"Dime (puesto que tú eres tan sensible a los efectos de la arquitectura), ¿no has observado, paseándote en esta ciudad, que de entre los edificios que la pueblan unos son MUDOS; otros hablan; y otros, en fin, que son los menos, CANTAN?"

PAUL VALERY
"Eupalinos o el Arquitecto".

AL cumplirse el próximo 22 de mayo de 1964, el cincuentenario de la fundación de nuestra Sociedad, debemos realizar un alto en el camino, para examinar, con mirada escrutadora, la tarea cumplida y determinar el derrotero a seguir. Retrocedamos con la imaginación esos 50 años e indaguemos, ¿qué concepto se tenía, en aquel entonces, de nuestra profesión?

"En aquella época, más lejana en las costumbres y los conceptos que en el tiempo —explicaba el ex Presidente de la S.A.U. (1), Don Daniel Rocco—, el arquitecto poseía un título segundón que emanaba de una Facultad cuyo hijo predilecto era el ingeniero; así es que, ante el común de las gentes, aún mismo en círculos cultos, nuestro título aparecía desconcertante".

"No se comprendía bien si el arquitecto era un ingeniero fracasado e incompleto o si era simplemente un dibujante adelantado; un decorador colocado un escalón más alto que el constructor que era señor, en aquellos días, de la construcción privada y en cuyas manos inexpertas depositaban, generalmente, grandes y pequeños, los destinos inciertos de nuestra arquitectura".

Acta preparatoria N.º 1

En Montevideo á los veinte y dos días del mes de Mayo de [illegible] reunidos, los abajo firmantes Arquitectos de la Universidad de Montevideo, en el local del Ateneo, solicitado para el objeto, á las [illegible], manifiestan todos su conformidad con la formación de una Sociedad de Arquitectos y de acuerdo con esta intención se procede de inmediato á designar las personas que deberán estar encargadas de estudiar un proyecto de reglamento, á la vez que se designa á dichos señores para formar la Comisión ad-hoc que se encargará de todo lo relativo para la mayor eficacia de estos trabajos preparatorios.

Dicha Comisión deberá terminar su cometido el siguiente Lunes 1º de Junio llamando para ese mismo día á Asamblea para la discusión y aprobación de dichos estatutos.

La Comisión electa quedó constituida con los siguientes Arquitectos:

Horacio Acosta y Lara, Jacobo Vázquez Varela, Silvio Geranio, Diego Noboa Courras, Alfredo Baldomir, Francisco Lasala Álvarez, Raúl Lerena Acevedo.

[illegible]

Fotografía del acta de fundación de nuestra Sociedad.

En el mismo sentido, el Arq. Don Román Berro, en el número 1 de la Revista de nuestra Sociedad, expresaba: "Creemos empero estar en nuestro perfecto derecho —más aún, en nuestro deber estricto—, cuando exigimos —sin el menor agravio ni ofensa para nadie—, que se reconozca al arquitecto el lugar que realmente le corresponde; que se sepa que sus estudios difieren completamente de los de cualquier otra carrera; que su preparación y sus funciones son esencialmente distintas de las demás profesiones; que su título no es provisorio ni inferior a ninguno, sino definitivo y tan honrosamente conquistado, como los otros diplomas universitarios; que el hecho, en fin, de que sus estudios duren un año menos que los de ingeniería (que son, como acaba de decirse, de diferente naturaleza que los suyos), no puede significar en manera alguna inferioridad o dependencia de ninguna clase, como no es el Médico superior al Abogado porque sus estudios tengan un año más de duración".

Agrimensores, arquitectos e ingenieros, se formaban en la denominada "Facultad de Matemáticas", cosa que, en un principio, tuvo su razón de ser: la exigüidad del alumnado, por una parte y por otra, contener los planes de estudio de las tres carreras muchas materias comunes que, con el correr del tiempo, dejarían de serlo. Pero, la especialización que se iba acentuando progresivamente por el adelanto de la técnica, en cada una de las profesiones, exigía la cesación de aquella convivencia en una misma Facultad, dirigida por un único Consejo, con el agravante de que, para nuestra profesión, nunca se daba el caso de un Decano arquitecto.

Fue entonces que surgió —al impulso de este estado de cosas, al mismo tiempo que para jerarquizar nuestra preparación profesional—, la idea de fundar una Sociedad de Arquitectos.

La feliz iniciativa partió de un grupo de estudiantes que estaban próximos a finalizar sus estudios en el año 1913, formado por: Luis Arrarte Victoria, Juan M. Delgado, Raúl Lerena Acevedo, Rodolfo Mendivil, Diego Noboa Courras, Octavio Sambucetti y Luis Zerbino. El movimiento iniciado tomaría rápido incremento, alentado y respaldado generosamente por un Arquitecto ya consagrado: Don Horacio Acosta y Lara. Y así fue como el 22 de mayo de 1914, se reunía en el Ateneo de Montevideo, un grupo de colegas que cimentarían las bases para la formación de la nueva Sociedad.

Estos 24 arquitectos, considerados los fundadores de la Sociedad, fueron: Horacio Acosta y Lara, Alfredo Baldomir, Eugenio P. Baroffio, Román Berro, Elzeario Boix, Américo Bonaba, Alfredo R. Campos, Juan M. Delgado, Raúl J. Faget, Luis G. Fernández, Silvio Geranio, Felisberto Gómez Ferrer, José P. Herrera Arraga, Francisco Lasala, Raúl Lerena Acevedo, Cándido Lerena Juanicó, Marcelo Mathurin Lecocq, Rodolfo Mendivil, Diego Noboa Courras, Juan J. Pedemonte. Pedro Prat, Carlos Ricci, Octavio Sambucetti y Antonino Vázquez.

El 16 de junio de 1914, se reúne la primera Comisión Directiva y, realizada la distribución de cargos, queda así constituída:

Presidente: Horacio Acosta y Lara.
Secretario: Diego Noboa Courras.
Tesorero: Silvio Geranio.
Bibliotecario: Cándido Lerena Juanicó.
Vocales: Alfredo R. Campos, Alfredo Baldomir y Luis G. Fernández.

Las Comisiones Directivas que se sucedieron hasta la actual, estuvieron presididas —en algunos casos en más de un período—, por los arquitectos: Eugenio P. Baroffio, Jacobo Vázquez Varela, Alfredo R. Campos, Daniel Rocco, Raúl Lerena Acevedo, Julio C. Bauzá, Carlos Herrera Mac Lean, Horacio Terra Arocena, Julio C. Abella Trías, Mario Abadie Santos, Rodolfo L. Vigouroux, Alberto Aguerre, Miguel A. Gori Salvo, Oscar Brugnini, Julio Butler, Ildefonso Aroztegui y Héctor A. Guerra, que en estos momentos rige los destinos de la Sociedad.

La primera gran victoria obtenida por nuestro organismo social, fue la sanción de la Ley de creación de la Facultad de Arquitectura. El entonces Ministro de Instrucción Pública, Dr. Baltasar Brum, había elevado a consideración del Parlamento, un proyecto de reforma de la Facultad de Matemáticas, con fecha 23 de febrero de 1915, por el que se establecía el funcionamiento de dos Consejos dentro de la Facultad: uno para Arquitectura y otro para Ingeniería y Agrimensura, considerando que la separación total en dos instituciones docentes, sería muy onerosa para el Estado. El Dr. José F. Arias, al estudiar el mensaje en su calidad de Miembro Informante de la Cámara, estimó llegado el momento oportuno de separar por completo los institutos formativos para ambas profesiones, a cuyo efecto elaboró, tras concienzudo examen, un proyecto sustitutivo, que fue aprobado en Diputados y luego en el Senado, creando la Facultad de Arquitectura. El 17 de noviembre de 1915, recibió el cúmplase del Poder Ejecutivo. Esa fecha fue tomada, por nuestra Sociedad, como "Día del Arquitecto". Se dio, pues, el caso curioso de que la Sociedad de Arquitectos, precedió a la Facultad encargada de prepararlos.

El Consejo de la nueva Casa de Estudios, quedó así integrado:

Decano: Horacio Acosta y Lara.
Delegados de los Profesores: Jacobo Vázquez Varela, Alfredo Jones Brown, Emilio Conforte y Juan Giuria.
Delegados de los Arquitectos: Luis G. Fernández, Alfredo R. Campos, Cándido Lerena Juanicó y Diego Noboa Courras.
Delegado de los Estudiantes: Leopoldo C. Agorio.

Como se ve, le cupo el honor, al primer Presidente de la S.A.U. de ser también el primer Decano de la Facultad, así como otros distinguidos colegas, formaron parte de ambos Consejos.

La separación obtenida al promulgarse la Ley de creación de la Facultad de Arquitectura, despejó la situación incómoda en que nos encontrábamos. Quienes lucharon entonces por tal separación, merecen el reconocimiento unánime de todos los colegas. Y, en cuanto a las relaciones entre las dos profesiones, afortunadamente se han venido estrechando paulatinamente, por la mutua com-



José P. Carré, cuya vocación por la enseñanza, señaló derroteros en nuestra Facultad. Fue el primer Socio Honorario de la S.A.U.



El Arq. Don Horacio Acosta y Lara en la época que era Presidente de nuestra Sociedad.

SALIMOS a la carretera en dirección a la de Arévalo, para atravesar Tordesillas, Toro, y llegar a Zamora. De Zamora iremos a Salamanca y de ésta a Ciudad Rodrigo. Queremos que Madrid, cada día más hermoso — y más "lleno", se nos remance en la memoria y volvamos a él con un ánimo mejor dispuesto para seguir la tarea diaria del pan nuestro... Todo bulle de procesiones, imágenes a plena luz o entre la sombra nocturna atravesada por relámpagos y alimentada por lucecillas temblonas.

Arévalo es hermosísimo. Tordesillas, impresionante. Aunque prefiero recibir la directa impresión de los pueblos y no "adulterarlos" con la erudición histórica, no puedo sustraerme al recuerdo de la reina doña Juana la Loca: en mi Historia de España del colegio venía un grabado muy triste, que la representaba — con un precioso galgo al lado — en una torre de su castillo de Tordesillas. El río, grueso y tribal, resbala al pie de todo eso y una se siente agobiada por una melancolía que ,como española, le sigue perteneciendo también. Porque una nunca creyó que aquella señora estaba loca, ni mucho menos! El antifeminismo racial español tuvo la culpa de todo aquello.

De Tordesillas a Toro, como de Toro a Zamora hay una carretera preciosa también llena, a ambas orillas, de árboles frutales que, oh maravilla!, ya están cubiertos de flores. Es una gloria avanzar entre hileras de árboles floridos, meseta adelante, hacia una tremenda ciudad como Zamora.

Zamora, y también a mi pesar salta doña Urraca a mi recuerdo y me veo acometida por todo el Cantar de Zamora!, tiene, como Toro — pero menos que él — una riqueza positiva en arte románico. La parte vieja de la ciudad, la que abre una puerta de su muralla al río, es un país de verdadero reposo para el ánima. El tiempo sigue siendo el mismo allí. El rumor de una población que se ha lanzado a las calles para ver sus procesiones, apenas



Ciudad Rodrigo.

«POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA»

Toro



llega a nuestra atalaya. Las placitas recoletas, las calles estrechas y cargadas de edificios solemnes, concurren a una eternidad inmutable.

De Zamora, a Salamanca. La incomparable Plaza Mayor está iluminada y repleta de admiradores. A nuestros balcones sube el compacto murmullo de una población flotante sumada con gozo a la normal. La noche de Salamanca destaca vigorosamente sus soberbios monumentos, mientras en las calles cantan los estudiantes escoceses, venidos para eso, para cantar liturgias que no se marchitan al aire libre y fino y frío de unas noches perfectas.

Ninguna de estas ciudades posee el tesoro que Valladolid. El Museo de Arte Religioso de Valladolid es único en el mundo. Pero aportan lo que tienen, con ese amor que pasa de generación a generación.

De Salamanca, a Ciudad Rodrigo. A la frontera de Portugal. Es una ciudad medieval, en cuyo castillo, incomparable, de Enrique II, se ha instalado el Parador Nacional de Turismo. respetándolo. Si bien es verdad que sólo hay en Ciudad Rodrigo dos o tres edificios nobles, vale la pena verlos; sobre todo, el Castillo (Parador): qué paz, qué reposo se disfruta en él! Los que necesiten suave ambiente, vengan acá. No, no es posible enderezar un catálogo de recuerdos históricos. Los ojos, por ellos mismos, aprenden historia con sólo mirar. Y el alma se encuentra *protegida* por todo lo que, aún ido, cuenta en nosotros sin evaporar su esencia.

Después, Madrid. Un Madrid cada día más ruidoso, vertiginoso, europeo-americano! Bueno, el trabajo; la rutina. Y el ansia de volver a caminar por España!

Carmen CONDE

Madrid, 1964

(Especial para EL DIA)

---

prensión y reconocimiento de los valores propios de cada una y por un respeto recíproco del campo de acción respectivo.

Con el notable progreso de las técnicas constructivas en estos cincuenta años, se ha hecho cada vez más necesaria la colaboración de ingenieros especializados con los arquitectos. lo que redundará, seguramente, en beneficio de la buena construcción arquitectónica, al realizar un verdadero trabajo "en equipo", así como resultará, igualmente, de manifiesta utilidad, la colaboración de arquitectos en grandes obras de ingeniería, en las que haya que estudiar y resolver problemas de orden arquitectónico.

Posteriormente, fue en nuestra Sociedad de Arquitectura, que surgió, a iniciativa del colega y General Don Alfredo R. Campos, la creación de los Congresos Panamericanos de Arquitectura; el primero que se realizó tuvo lugar, precisamente, en Montevideo, en el año 1920.

Estos triunfos significativos y la destacada trayectoria de muchos colegas, que han enaltecido nuestro título, fueron formando conciencia en el público, del cabal significado de nuestra profesión y de su amplia repercusión social. Cuando se piensa — como Valéry —, "que nosotros estamos, nos movemos, vivimos en la obra del hombre", se llega a la conclusión de que gran parte de la actividad humana se desarrolla dentro del ámbito de la arquitectura.

Por otra parte, la brega constante de la S.A.U., en pro del concurso público para las obras de arquitectura, ha promovido el triunfo de los mejores, beneficiando incuestionablemente a toda la comunidad. Además, el éxito alcanzado por arquitectos uruguayos en concursos internacionales, ha dado una justa medida de la capacitación de nuestros profesionales. Ya habíamos logrado un reconocimiento que rebasaba las fronteras patrias, para uno de nuestros valores indiscutidos y maestro de muchas generaciones: Julio Vilamajó, llamado como Arquitecto Consultor — junto con un reducido núcleo de arquitectos de reputación mundial —, para confeccionar el proyecto de edificio de la O.N.U. en Nueva York.

En la celebración de este aniversario, un nombre nos viene a la memoria: el del Maestro por excelencia, el inolvidable Monsieur Carré, al cual debemos una inmensa gratitud, por haber venido a sembrar en tierras uruguayas, todo el enorme bagaje de su cultura francesa. La S.A.U. lo distinguió, muy merecidamente, con el título de Primer Socio Honorario de la Institución.

La Sociedad, en la que cada uno de sus miembros aporta su esfuerzo desinteresado, colaborando dentro de una Institución respetable, en la que se debaten exclusivamente problemas atinentes a la profesión, verá consolidar su posición, adquiriendo cada vez más solvencia, dignidad y prestigio. Unico árbitro en los problemas que se suscitan entre colegas, confiamos en que sabrá mantenerse en el plano elevado en que se encuentra, para poder seguir dictando cátedra de ética profesional.

En cuanto a la actuación en las esferas oficiales, es conveniente, a nuestro juicio, que no se limite a la defensa o al respaldo de los profesionales integrantes de los distintos organismos públicos; es deseable, también, que ampliando el campo de acción, ofrezca su consejo y asesoramiento en todos los problemas que se planteen, concernientes a asuntos edilicios, para los cuales, los arquitectos, estamos especialmente preparados y en los que va involucrada una verdadera responsabilidad corporativa.

A la S.A.U. incumbe, finalmente, coadyuvar para que las disposiciones legislativas, así como los decretos y reglamentos comunales, en materia urbanística, contemplen las mejores soluciones posibles, para cumplir en esta forma, honesta y eficientemente, con los principios y las obligaciones que, como representante de los profesionales de la Arquitectura, le impone la custodia de altos valores integrantes del patrimonio nacional.

Arq. César J. LOUSTAU

(Especial para EL DIA)

EDUARDO DE FILIPPO, UN NAPOLITANO UNIVERSAL



Eduardo, Titina y Pepino escuchando a Luigi Pirandello la lectura de una de sus obras (1932). Junto a ellos los escritores Máximo Bontempelli y Achille Vesce.

FUE con el siglo que, en Nápoles, nació Eduardo De Filippo. En aquel Nápoles de los grandes terratenientes, de los nobles, de los humildes artesanos, de la "camorra" y de la miseria...

Palacios principescos en Monte di Dio y otros suburbios altos, balcones de la maravillosa bahía... Grandes comerciantes y aristócratas, paseando en regias carrozas, mientras en la ciudad baja, un pueblo trabaja, se detiene en cada esquina frente a un altar y sigue cantando, porque "mientras se canta, no se come..."

En ese Nápoles nació "Eduardo", como familiarmente se le llama en toda Italia.

A los catorce años, en un pequeño papel, revela sus condiciones naturales en el Teatro Orfeo, sala popular ubicada a pocos metros de la estación ferroviaria napolitana. Repertorio amplio —de alguna manera hay que llamarlo— e inimaginable en la época actual. Las viejas farsas de Pulcinella, melodramas, obras históricas y comedias musicales, frente a un público de trabajadores del puerto, estibadores, carboneros, gente de mala vida, algunos estudiantes, soldados. Público tumultuoso, violento e ingenuo, que insulta a los traidores y aplaude a los que defienden la razón y la justicia.

En ese clima inicia su carrera teatral Eduardo, junto y frente a su pueblo, divirtiéndolo y observándolo. Poco después, con su hermana mayor —Titina— y su hermano menor —Peppino— forman un trío cuya trayectoria es todo un aspecto del teatro italiano del presente siglo.

Y es allí que adquiere, en el correr de los años, seguridad de hombre de teatro, siempre atento a las inquietudes de su pueblo insatisfecho, agobiado por un estado social que lo angustia y oprime, agravado por las consecuencias de la primera guerra mundial.

En esas horas difíciles, De Filippo canta, baila, recita los versos de Salvatore Di Giacomo y los suyos propios. Escribe sus monólogos, crea sus números. Y así, encuentra su realidad escénica de hombre y de actor, que le ha servido para resistir los golpes dobles que el teatro y la vida le han inferido.

Cuando cumple el servicio militar, ya era Eduardo actor con prestigio, reclamado en su trabajo. Terminada la guerra, vuelve al teatro en forma definitiva, siguiendo el camino de Raffaele Viviani, actor-autor napolitano, que ocupaba el primer plano de prestigio —bien merecido— del teatro meridional.

Escribe sus primeras comedias, inspirándose siempre en las figuras populares del "suo Napoli": el vendedor de corbatas, el cantor ambulante, el músico de feria, la muchachita que sueña en el puesto callejero —¿no le pasó eso a Sofía Loren?— el humilde Don Juan que miente sus aventuras... Gente de la calle, de todas las calles del mundo.

Insatisfecho, cada día necesita más el actor del comediógrafo que lleva dentro. Entre los años 24 y 25, estrena sus primeras obras orgánicas: "Ditegli sempre di sí" y "Chi e piú felice di me". Y desde entonces, el camino se hace más fácil... Giras por Italia, éxitos sucesivos y los nombres de los Di Filippo diariamente en la prensa italiana.

La crisis del año 30 se hace sentir y más se siente todavía, la dictadura fascista.

Desaparece la hora del music-hall, del café concert, del can-can... Pero la gente quiere reír para olvidar y no ver ciertas cosas. Siempre ocurre eso en las horas difíciles de los pueblos oprimidos. Vuelve Eduardo a Nápoles, creando su personaje de "Sik-Sik", un mago que con sus trucos y sus ocurrencias, divierte y hace pensar. Y en el año treinta, debuta en el Kursaal, con su propia compañía estrenando "Natale in casa Cupiello", logrando un éxito clamoroso.



Eduardo y Titina en una escena de la versión cinematográfica de su difundida obra "Filomena Marturano".

Dos años después el elenco toma el nombre de "Teatro Umoristico i De Filippo" actuando en un teatro de la elegante via Chiaia.

De allí en adelante, Eduardo cumple sin dificultades sus propósitos. Y en las horas libres, con su hermano Peppino, se refugian en el café "Gambrinus" de la plaza San Ferdinando, a observar su pueblo, en sus maneras, en sus costumbres, en sus expresiones... Y así lo escriben y así lo interpretan, imitándolo en todo.

En el repertorio de su elenco, figuran otras obras de autores de la hora. Pirandello le brindó la oportunidad a Eduardo de un gran triunfo personal, con sus obras "El gorro de cascabeles" y "Liolá".

El encuentro del gran siciliano con De Filippo, dejó un sello en toda la obra de este último. No en vano trabajaron juntos muchos días sobre la misma mesa en la obra "L'abito nuovo", estrenada después de la muerte del autor de "Seis personajes".

Estalla la segunda guerra, con todas sus terribles derivaciones. Italia se incorpora junto a los nazis. Vuelan los aviones aliados sobre Nápoles. Primero caen panfletos, después bombas... Comienza la destrucción. Los teatros trabajan a salas llenas... cuando las sirenas de alarma lo permiten. Eduardo complace a su pueblo divirtiéndole, pero al revés de su hermano Peppino que provoca una risa fácil y estruendosa, sus ocurrencias causan una risa amarga...

Invaden los aliados el sur de Italia. Los bombardeos arrecian. En 1943, cae el fascismo. Toda Italia es confusión, miedo y terror. Y miseria y hambre... Los italianos tienen conciencia de su propia situación. El muro que los apartó del mundo, ha caído. Es la hora de una verdad que termina con muchas cosas. Y De Filippo recoge el grito para volcarlo en sus obras, recogiendo el espíritu de la angustiosa hora. Es necesario que ese gran pueblo, engañado, vuelva a creer en sí mismo.

Y se estrena en 1945 "Napoli millonaria", escalofriante cuadro del sufrido Nápoles, en que el humor negro de sus escenas conmueve y apasiona, a una población agotada, que tiene que empezar de nuevo su vida económica y social, que recoge en las calles una lata vacía de "corned-beef" para lograr un recipiente imprescindible y negocia en el mercado negro, trozos de cigarrillos rubios para poder comer.

De Filippo puede decir ahora lo que siente y lo dice claro y su pueblo se emociona, se divierte y lo agradece. "Napoli millonaria", cuya acción se desarrolla en un ambiente de tristeza, miseria y dolor, trasluce un fondo optimista, poniendo Eduardo en sus escenas un estilo poético que señaló más tarde toda su obra futura.

De ahí en adelante, el autor pasó a primer plano. Los éxitos se repitieron en toda Italia primero y en el mundo, después. En la brevedad de esta nota, limitémonos a recordar los títulos, muchos de ellos populares a nuestro público: "Questti fantasmi", "Filomena Marturano", "La voci di dentro" —estrenada en nuestro país por la Comedia Nacional—, "La grande magia", "La paura numero uno", "Mia famiglia", "El figlio di Pulcinella", "Il sindaco del Rione Sanitá" y tantas otras.

Es, sin ninguna duda, después de Pirandello, uno de los más importantes comediógrafos del momento y el más representado en el mundo de los autores italianos. Mucho tendríamos que detenernos acerca de su calidad de actor, ya que hemos tenido el placer de aplaudirlo en uno de los Festivales de París. Temperamento vigoroso, con una magnífica máscara, tiene en su juego escénico y en su voz, matices que señalan a uno de los grandes intérpretes de la hora.

Pero hay algo, también, muy importante que señalar y que la gente de teatro tenemos complacencia y deber de hacerlo. Y es que este hombre de teatro, que conoció en su carrera tantos días de privaciones y cuyos triunfos en la escena y en el cine le han brindado una fortuna, toda ella la ha volcado a levantar su destruído teatro San Ferdinando, convirtiéndolo en una magnífica sala, dotada de todos los implementos técnicos modernos.

El Teatro San Ferdinando, cuya reconstrucción siguieron en Nápoles con incredulidad y desconfianza, ya que importaba muchos millones de liras, pareció una aventura loca.

Eduardo consagró a esa empresa todos sus esfuerzos y sus ahorros, ganados con sus derechos de autor y con su trabajo de intérprete en el teatro, cine y televisión, para ofrecer a su ciudad una de las salas de espectáculos más elegantes y confortables de Italia, ubicada en uno de los rincones más populares —rincón de sus primeros triunfos— en medio de los barrios pobres donde logró su fama.

Tiene, además, el Teatro San Ferdinando, su Escuela Dramática, de la que surgen, año a año, nuevas generaciones de actores.

Para nosotros, es esta una gran lección. En nuestra vida teatral hemos visto, con pena, muchas figuras grandes de la escena, terminar sus días en el mayor desamparo económico. Pero también hemos visto —y estamos viendo— cómo se logran grandes fortunas que se destinan a otros menesteres, sin acordarse del teatro. Hay artistas, a quienes la suerte y el trabajo regalan millones, que son invertidos en casas para renta, capitales para juego de azar, tierras para explotar y otros negocios.



Eduardo De Felippo, cuadro del pintor Gregorio Sciltian.



Sobre estas ruinas del Teatro San Ferdinando, ha levantado Eduardo con su esfuerzo y su dinero, una magnífica sala.

Todos tienen derecho a colocar su dinero como mejor se les ocurra.

Pero no deja de conmovernos que un hombre como Eduardo De Filippo, cuando logra una fortuna, resuelva levantar un teatro, lo que demuestra que la riqueza, también para muchos artistas, está en la fe y en la esperanza de su propio destino.

Angel CUROTTO

Montevideo, mayo de 1964.

(Especial para EL DIA)



Escena de la obra "Las voces de adentro" representada en la temporada del año 1951 por la Comedia Nacional bajo la dirección de Armando Discépolo. Pueden verse en la foto, de derecha a izquierda: Alberto Candeau, P. García Barca, Ramón Otero; Enrique Guarnero, Concepción Zorrilla, Carmen Casnel, Héctor Cuore, J. Valdés, Etela Castro y Juan J. Jones. (Foto Nápoli).



Una vista de Milán, tomada desde los altos del Duomo por el autor de esta nota.

APUNTES DE UN VIAJERO
EN EL MUSEO VINCIANO

MILAN es *sabroso* como su arroz dorado de azafrán y *fuerte* como su otro plato regional, el *ossobuco*. Y aún se hace más gustoso si el descanso en el camino se acompaña con su no menos apetecible vino Barbaresco. Es posible que viviendo un tiempo en Milán termine por hacérsenos indispensable. Tanto le gustaba y tanto la quería Stendhal (Henri Beyle), que deseó que se escribiese sobre su tumba: "Henri Beyle, milanés". Habría que recordar que Stendhal anduvo mucho y que dejó hermosas impresiones acerca de diversas regiones de Italia; pero Milán fue para él el escuezno de la nuez.

Al entrar en Milán uno advierte en seguida sus dos figuras representativas e inseperables: Leonardo da Vinci y Bramante. Hay que llegar, ineludiblemente, a la plaza de la Scala. Allí está Leonardo. Se lo encuentra uno sin querer, forzosamente. En cambio, a su *Ultima cena (Il cenacolo)*, donde él casi no está, y sin embargo está, como muy pocas veces tan bien representado, hay que buscarla. Recuerda Stendhal que los milaneses juran por los dioses que Leonardo fue muy joven a vivir entre ellos. Esto se discute. Lo cierto es que Leonardo amaba a Milán como el mismo Stendhal, quien escribe: "Se cuenta que Leonardo paseaba con frecuencia con sus discípulos y tenía un gran placer al contemplar el aspecto, ya melancólico, ora sublime, que la naturaleza ofrece a cada paso en su querida Lombardía".

Le levantaron, naturalmente, un hermoso monumento, que reposa sobre verde césped, rodeado de prolijos canteros de flores circuidos por una pequeña verja, en la plaza, frente al *Teatro alla Scala*.

Buscando, pues *Il cenacolo*, nos alejamos hasta un barrio apartado. La gente de los alrededores sabe que el extranjero anda por ahí buscando el cuadro de Leonardo. Nosotros habíamos llegado a la Iglesia Santa María delle Grazie, donde, según nos habían indicado, se conservaba la famosa pintura. Entramos agitadamente a la plazoleta de la iglesia y antes de abrir la boca para preguntar, un sacerdote que salía, adelantándose a nuestra pregunta, nos dijo: "No es aquí donde está *Il cenacolo;* apuraos que van a dar las doce y el museo cerrará". Y antes de reponernos de nuestra sorpresa por haber sido *adivinados*, nos indicó por dónde debíamos tomar para encontrar lo que buscábamos. Salimos, pues, intentando disimular nuestra apariencia de ovejas descarriadas, y en dos saltos dimos con el llamado Museo Vinciano. El local perteneció al monasterio de los padres dominicos, llamado *de las Gracias*, y está en la parte trasera de la iglesia misma. Fue su refectorio. Hoy pertenece a la Dirección General de las Antigüedades y de las Artes del Ministerio de Instrucción Pública de Italia. La historia de este viejo comedor la cuenta el mismo Stendhal. Por su interés, la transcribimos: "En 1796 —dice— el general Bonaparte fue a visitar el cuadro de Vinci, ordenó que la sala que guardaba sus restos (1) quedase exenta de alojamiento militar, y firmó él mismo la orden sobre su rodilla antes de montar a caballo para partir. Pero, a poco, un general cuyo nombre prefiero callar, se burló de tal orden, hizo abrir la puerta y convirtió el refectorio en cuadra. A sus dragones les pareció muy divertido tirar ladrillazos a las cabezas de los Apóstoles. Después, el refectorio de los Dominicos fue almacén de forraje. Pasó mucho tiempo antes que la ciudad lograse permiso para condenar de nuevo la puerta. En 1800, en una inundación, llegó el agua a tener un pie de altura en aquella sala abandonada; agua que desapareció por evaporización. En 1807, el convento fue convertido en cuartel. El virrey hizo restaurar el refectorio con el respeto debido al gran nombre de Leonardo. Bajo aquel gobierno despótico nada grande era difícil hacer. El genio que desde lejos civilizaba a Italia, quiso hacer eterno lo que quedaba de *La Cena*, y la misma mano que desterró al autor de *Ajace* firmó el decreto en virtud del cual *El Cenáculo* se ha copiado en mosaico a su mismo tamaño, empresa que sobrepasa cuanto este arte ha intentado, y estaba casi terminada cuando la estrella de Napoleón cesó de brillar sobre Italia."

Las vicisitudes del refectorio y, por consiguiente, del cuadro de Leonardo, no habían de terminar. Por lo contrario debería padecer nuevas vejaciones, nuevas amenazas al borde del abismo, como si no hubiesen sido nada los ladrillazos, la inundación, las múltiples desacertadas "restauraciones" y otros diversos atentados. Ya no fueron ladrillazos de dragones borrachos o tontos. El siglo actual sacude con pedradas astrales en poder de gobernantes maniáticos.

Pero avivemos un poco el recuerdo. La guerra pasada acrecía en 1943. Mientras los soviéticos castigaban duramente a los nazis en Kharkoff, el general Badoglio, en Italia, el 14 de agosto, declaraba a Roma ciudad abierta, y esperaba —contrariando la voluntad manifiesta del pueblo— la ayuda de las tropas frescas que Hitler le enviaba desde el Norte. A las 23.50 del día domingo 15 comenzaron las fuerzas aliadas a castigar a Milán, dejando caer sobre la ciudad, hasta las 0.50 del día siguiente, dos mil toneladas de bombas. "Desde Milán hasta el Erba —decía la información periodística— toda la zona fue sembrada de bombas de poder por los aviones aliados". Milán quedó convertida en una ciudad muerta, presentando un aspecto pavoroso por las devastaciones. No hablamos de lo más lamentable: las víctimas. Algunas bombas alcanzaron a lastimar la parte trasera y torres de la famosa catedral; el Palacio Real se incendió en parte; el castillo medieval de los condes Sforza, en fin, quedó completamente destruído. Una bomba cayó aquí, en los predios del Museo Vinciano. Saltaron de cuajo dos muros de la vieja "cuadra": los dos más largos. El techo, naturalmente, se convirtió en escombros. Sólo quedaron en pie los otros dos muros que hacían el ancho del recinto, desolados el uno frente al otro. Eran, precisamente, los dos que habían sido pintados; uno en 1495 por Montorfano, que representó a *Jesús crucificado entre los dos ladrones:* "indigno fresco", según Stendhal; el otro, por Leonardo de Vinci. *Il Cenacolo* —"la Pascua aderezada", como dicen los libros sagrados— quedó, por primera vez en cuatro siglos y medio, a la intemperie. Noche primaveral, pero poblada de fantasmas. Sin embargo Cristo no había perdido la serenidad, ni ninguno de sus discípulos. Tal vez, solamente Judas temblaba de miedo. Pero Judas no había dejado de temblar durante veinte siglos.

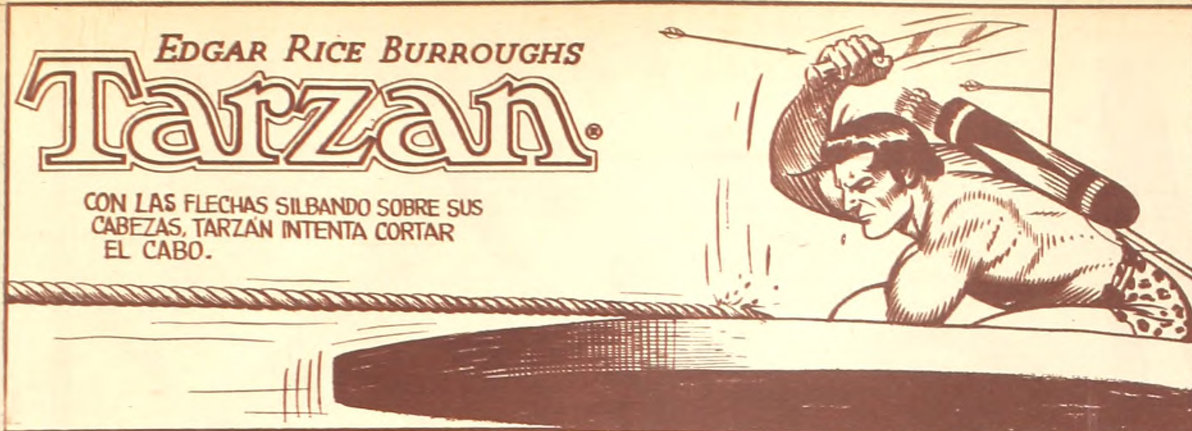
En el ángulo superior derecho quedó un rasguño. Sólo un rasguño de pocos decímetros que todavía se ve, a pesar de que fueron levantados los muros derruídos y enclavado un nuevo techo. De cómo fue el espanto, el visitante puede ver las fotografías expuestas. Fotografías que dicen cómo era el recinto antes del bombardeo y cómo quedó después del estúpido castigo. Uno ve esto y, a pesar de verlo, no lo cree.

Habíamos dicho al comienzo que al entrar a Milán se advertían en seguida sus dos figuras representativas e inseparables. Sin embargo dejaremos para otra oportunidad el referirnos a Bramante.

Julio IMBERT

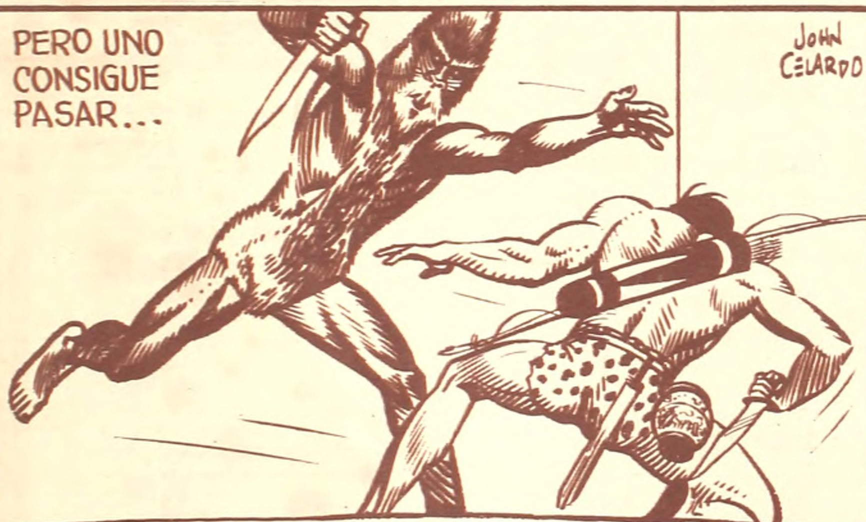
(Especial para EL DIA)

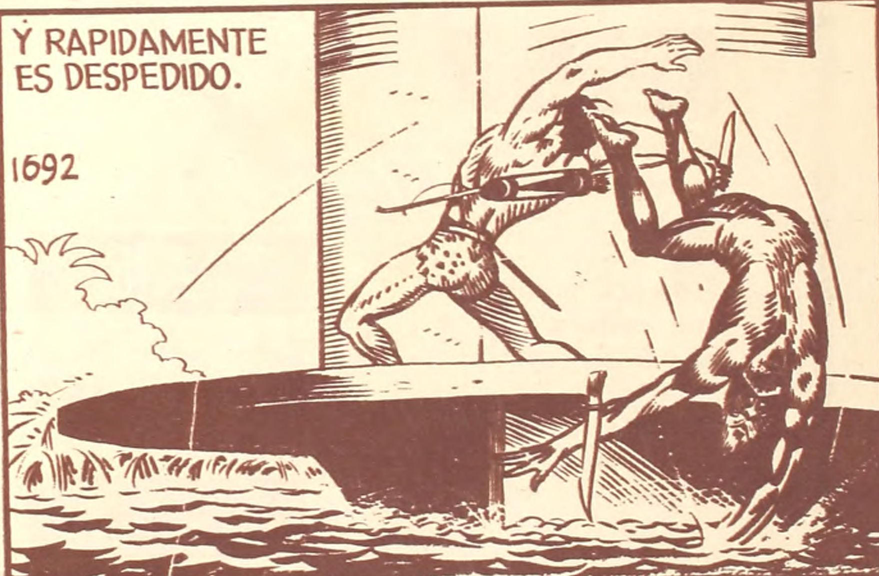
(1) Poco había quedado del original por sus muchas restauraciones.


EDGAR RICE BURROUGHS
Tarzan
CON LAS FLECHAS SILBANDO SOBRE SUS CABEZAS, TARZÁN INTENTA CORTAR EL CABO.


TARZÁN! APÚRATE QUE TIENES A ESOS DEMONIOS SOBRE TÍ!
MANTÉNGALO A POPA, DR. JONAH...QUE AÚN ESTOY TRATANDO DE DESTROZARLO!


DR. JONAH, TARZÁN LO HA LOGRADO!
MIRA LOS MONOS, GREG! ESTÁN MANTENIENDO A LOS MANDAS ALEJADOS!


PERO UNO CONSIGUE PASAR...
JOHN CELARDO
Tm. Reg. U. S. Pat Off.—All rights reserved
Copr. 1963 by United Feature Syndicate, Inc.


Y RAPIDAMENTE ES DESPEDIDO.
1692


NOS ESTAMOS MOVIENDO, TARZÁN! ESTAMOS A SALVO!
SÍ, CINDY! GRACIAS A LA AYUDA DE MIS MONOS!


ME DEDIQUE A LA ZOOLOGÍA PORQUE AMO A LOS ANIMALES. PERO ESTO ES INCREIBLE...
NO PARA MÍ!